

INTRODUCCIÓN

Una vez más, y fieles a la cita con la investigación y la difusión de los núcleos principales de las relaciones entre Prensa e Iglesia, ofrecemos a nuestros lectores un volumen dedicado a las radios confesionales en una sociedad pluralista, una asignatura pendiente hasta ahora de nuestra agenda investigadora. El propósito de profundización sobre estas siempre apasionantes relaciones comenzó hace quince años. Sus frutos están publicados en una serie de ocho volúmenes que no tienen parangón, según hemos podido comprobar, en la producción universitaria de lengua hispana.

Ahora nos introducimos, de la mano de destacados especialistas, en el ámbito de la radio, tan ligado a la historia de las relaciones de la Iglesia con los medios modernos de masas. Quienes hacen posible este volumen, financiado por la Fundación Radio Popular, –a quien agradecemos su ayuda en las personas de Juan Carlos Ramos y Juan Pedro Ortuño–, son primeras figuras tanto de la información religiosa como del medio radio.

Han colaborado con esta iniciativa Antonio Pelayo, con una reflexión titulada «Nunca es una intrusión el que actúen radios confesionales»; José Luis Restán con el sugerente título de «Una radio católica para navegar a mar abierto», a la que hay que añadir Javier Visiers y José María Legorburu con una aportación sobre «La transformación

de la Cadena COPE. De las emisoras populares a la radio de las estrellas (1979-1983)». Luis Fernando de Prada, director de Radio María España, nos ofrece «Radio María: directamente al corazón del hombre» y Juan Díaz Bernardo, antiguo director de Radio Santa María de Toledo, profundiza en su modelo diocesano con «Una radio abierta a todo lo humano». Además hay que sumar las colaboraciones de Juan Cantavella, sobre los «Radiopredicadores bajo el franquismo» y el «P. Venancio Marcos: la superación del sermón radiofónico tradicional», y la de los jóvenes docentes María Solano y Mario Alcudia sobre «Los guiones radiofónicos del Beato Manuel Lozano Garrido, “Lolo”». Se conjugan aquí las aportaciones de los profesionales e ideólogos con las investigaciones de los académicos, con lo cual se enriquece el conjunto, porque las experiencias tienen el valor de testimonio, y se unen a la búsqueda rigurosa sobre actividades y planteamientos que destacaron en otros momentos.

El proyecto de elaboración de un modelo de ideario para las radios católicas tiene un momento previo en la pregunta por la identidad del medio y del contenido, que se formula en la relación entre texto y contexto comunicativo. Toda comunicación es identitaria: nos representa y presenta ante los demás. Por lo tanto, la personalidad debe asumir los procesos y las leyes de la comunicación, es una nueva forma de encarnación comunicativa. Las preguntas sobre la identidad son básicamente: ¿Quiénes somos? ¿Qué pretendemos? ¿Con qué medios contamos? ¿Dentro de qué marco? ¿Cuál es nuestra estrategia empresarial? Hay que tener presente la identidad individual: nuestras características y potencialidades, enmarcadas en una trayectoria vital; y la identidad colectiva: sentido de pertenencia a un grupo con un pasado y un futuro comunes. A estas preguntas quiere responder este trabajo que ahora ofrecemos a nuestros lectores.

Entender la identidad como diferencia específica de la oferta radiofónica católica, en un contexto de fuerte competencia, supone preguntarse por la naturaleza del medio y por la fisonomía del público al que se dirige. Por especificidad editorial se entiende la voluntad de caracterizar o de diferenciar decididamente el propio canal respecto a los otros.

Tampoco debemos olvidar que la pregunta por la identidad es la pregunta por el fin de la creación del medio de comunicación, que inevitablemente para nosotros está inscrito en un proceso de evangelización. De hecho, aquí se aborda no poca de la perspectiva histórica del nacimiento y desarrollo de las radios católicas en España. El medio católico no tiene otra identidad más que los presupuestos de evangelización en los que se inscribe. ¿Por qué existen radios católicas? ¿En qué medida son complementarias a lo católico en la radio? Nos estamos enfrentando al problema de la identidad persuasiva: cómo conseguir un objetivo a través de la influencia que ejercen los discursos sobre los ámbitos racionales y afectivos de los demás.

Nuestra reflexión sobre el añadido del contexto, una sociedad pluralista, se encuadra en el presupuesto de que no podemos pensar que existen radios católicas –entendido lo católico como iniciativa de individuos católicos– porque el sistema de radio pervierte de tal manera el medio que solo este adjetivo es capaz de subsanar las deficiencias de lo sustantivo. La identidad no es, por tanto, excluyente, ni creadora de conflicto. Es, por naturaleza, integradora y potenciadora de las posibilidades del medio, la radio. La identidad no puede ser creadora del conflicto dentro de las organizaciones radiofónicas. La identidad se acepta como presupuesto de actuación. En este sentido, la identidad, y el ideario como texto, debe ser pedagógicamente presentado a los productores del medio. Es importante crear un clima favorable a esa personalidad. Otra cuestión es la de las formas de identidad, que nacen de la experiencia. La experiencia es un valor fundamental para el desarrollo de las formas y modos de identidad.

Si entendemos el medio radio como un vehículo privilegiado para crear un clima social favorable a la recepción del mensaje evangélico, tenemos que tener muy presente su naturaleza y las peculiaridades de lo que se ha denominado gramática radiofónica. La primera cuestión de la identidad radiofónica es la de las leyes del mensaje radiofónico. La cuestión de la identidad no es solo ni preferentemente un problema técnico, es un problema de conformación de una cultura profesional y de una cultura de programación.

Las identidades se manifiestan hoy en las diferencias y, a veces, como diferencia. La identidad católica no deviene solo de un título de pertenencia jurídica, sino de una perspectiva de comprensión de la realidad personal y de la realidad social. Partimos del supuesto de que la fe afecta a toda la vida y a todos los ámbitos de la vida. Por tanto, la realidad de lo humano es comprendida por una inteligencia conformada por los criterios que ofrece la naturaleza de la persona.

No hay identidad sin memoria. Y esto queda claro en las contribuciones a este libro. Hay un hábito ya marcado en la Iglesia de plasmación de la identidad en los medios impresos, y, sin embargo, no se ha generalizado esta presentación de lo que es sustancial en el medio radio. Por otra parte, el problema de la identidad, y del posterior ideario, no es un problema de percepción, sino de proposición de formas y contenidos, de lenguajes y de referentes. Así como la confrontación doctrinal hizo que se desarrollaran los géneros argumentativos de forma decisiva, la identidad de las radios católicas deberá desarrollar de forma decisiva los géneros y formatos radiofónicos, como es el caso de la Línea COPE.

La identidad no debe ser concebida solo como una cuestión relativa a los contenidos, sino más bien definida como un conjunto de operaciones: el modo en que una problemática selecciona un campo de referencia, la concibe y la organiza. La autora Nora Riza señala en un estudio reciente:

Es evidente que, en una situación de competencia, la exigencia (comunicativa, antes que de mercado) de definir la propia identidad para poderla hacer percibir distintivamente al público, se hace particularmente aguda. Se trata de averiguar el propio posicionamiento óptimo, definiendo en primer lugar el perfil del propio público electivo, caracterizándose después a través de selecciones de programación en las que el público se reconozca.

Esperemos que este volumen sirva al debate público sobre la relación entre medios e Iglesia y aliente otras iniciativas de esta naturaleza.

José Francisco Serrano

NUNCA ES UNA INTRUSIÓN EL QUE ACTÚEN RADIOS CONFESIONALES

ANTONIO PELAYO*

1. INTRODUCCIÓN

Se me ha invitado a exponer algunas ideas y vivencias sobre el tema «Radio confesional en una sociedad pluralista». En mi ya no corta carrera profesional acumulo una no tan modesta experiencia en el campo de la radio, puesto que desde hace más de treinta años colaboro en el programa «Iglesia-noticia» que dirigen con tanto acierto Faustino Catalina y Eva Galvache; a ello hay que añadir algunos meses como corresponsal de la COPE en Francia, país en el que viví nueve años.

Mis principios periodísticos, sin embargo, se iniciaron en la prensa escrita y desde hace más de dos décadas simultaneo mis trabajos en *Vida Nueva* y otros órganos de prensa con la información televisiva en Antena 3. Si a esto añadimos una más reciente inmersión en las redes sociales –Twitter y Facebook– puedo considerarme un clásico caso de periodista multimedial. Perdonen estos datos biográficos que me parecían necesarios para que comprendan mejor la perspectiva personal desde la que pienso abordar el tema de esta que definiré más

* Periodista y sacerdote. Corresponsal y colaborador en Roma de varios medios: Antena 3 (televisión), Cope (radio) y el semanario *Vida Nueva* (prensa).

como una charla personalizada y existencial que como una ponencia académica; consciente, además, de que muchos de ustedes tienen mayor capacidad y preparación que yo para hablar de este tema.

Como inicio de esta intervención me parece conveniente aclarar qué tenemos que entender por «radio confesional» y «sociedad pluralista». Un binomio que, sin duda, a más de uno le puede parecer antitético, una contradicción *in terminis*, como si fueran incompatibles ambas realidades. Mi experiencia me lleva a afirmar desde el principio que no lo son en absoluto y que sólo desde una posición de intolerancia y sectarismo pueden ser consideradas como dos conceptos contradictorios.

Una primera constatación empírica me confirma en esta opinión. En muchas de las sociedades similares a la española, por lo que se refiere a su plural composición ideológica, política social y confesional, existen desde hace años órganos de prensa –incluida la radio– que se presentan y son en realidad confesionales o si lo prefieren católicas. No voy a extenderme mucho en este aspecto y me limitaría a referirme a la realidad italiana, que es la que mejor conozco; en ella existen desde hace años y tienen un innegable eco social entidades como el periódico *Avvenire*, la «TV 2000» y «Radio Blu». Las tres son propiedad de la Conferencia Episcopal italiana y desarrollan su actividad con plena libertad de actuación, en un panorama sumamente plural, conviviendo con otros órganos informativos cuyos dueños son influyentes grupos económicos e industriales, como la FIAT, o políticos.

Pero Italia y España no son una excepción, porque en nuestra vecina Francia funciona desde hace años la televisión «KT» (católica) y una más modesta red nacional de radios que cubren todo el hexágono galo. En Portugal, una de las emisoras radiofónicas más dominantes es Radio Renascença, que pertenece al Patriarcado de Lisboa, con una participación financiera de los obispos lusos. Sin alargarme más en esta descripción fáctica, citaré sólo de pasada la presencia confesional –no sólo ni predominantemente católica– en la Alemania Federal, Austria, Irlanda o en los Estados Unidos y en múltiples países latinoamericanos, entre los que descuella Brasil, donde las «iglesias» o sectas evangélicas se han constituido gracias

a sus medios radiofónicos y televisivos en un potentísimo vector de opinión, no sólo religiosa, sino también política. Estos son hechos incontrovertibles que llevan a concluir, pues, que una sociedad sanamente pluralista no puede considerar una intrusión que en su seno actúen con plena libertad radios, periódicos o televisiones abiertamente confesionales.

2. VOZ QUE LLEGA A LOS EXTREMOS DEL MUNDO

En lo que se refiere a la Iglesia católica es de sobra conocido el interés que suscitó en ella el poderosísimo instrumento de comunicación social que significaba la radio. Movido por ese interés, el 12 de febrero de 1931 el Papa Pío XI inauguró, con la colaboración personal de Guillermo Marconi, la Radio Vaticana. En su primera emisión, a las cuatro y media de la tarde, Marconi dijo:

Las ondas eléctricas llevarán al mundo entero, a través de los espacios, su palabra de paz y su bendición. Durante casi veinte siglos el Pontífice Romano ha sembrado su palabra por todo el mundo, pero es la primera vez que se le podrá oír de viva voz en toda la superficie de la tierra.

El Papa Achille Ratti habló durante catorce minutos en latín.

Escuchad cielos y hablaré –dijo– escucha, tú tierra, mis palabras y escuchad todos los pueblos y todos los habitantes del mundo, ricos y pobres, fieles e increyentes; dad gracias a Dios porque en nuestros días ha dado al hombre tanto poder que su voz llega a los extremos del mundo.

Seguidamente el mensaje fue emitido en sucesivas traducciones a las más importantes lenguas del planeta.

Pero fue su sucesor, Pío XII, quien utilizó la radio con mayor frecuencia a través de sus históricos radiomensajes. En su discurso pronunciado el 3 de diciembre de 1944 a los dirigentes y personal de la RAI, Eugenio Pacelli hizo este elogio del instrumento radiofónico:

La Radio puede ser uno de los más poderosos medios para difundir la verdadera civilización y cultura. Hoy presta servicios que han venido a ser casi indispensables para la educación del sentimiento de solidaridad entre los hombres, para la vida del Estado y del pueblo. Puede constituir una viva fuerza de cohesión en el pueblo y entre los pueblos, puede dar ante el mundo testimonio de la verdad y de la gloria de Dios, promover la victoria del derecho, llevar la luz, el consuelo, la esperanza, la reconciliación, el amor al mundo, acercar los unos a los otros, los hombres y las naciones.

Son incontables los textos papales que confirman el inmenso impacto de la radio y su labor educativa. También Pio XII, en un discurso de 1950 al Congreso Internacional de la Prensa Católica, insistió en el poder de los medios en general para fortalecer la opinión pública dentro de la misma Iglesia, llegando a afirmar que a esta «le faltaría algo a su vida si la opinión pública le faltase». Luego añadió que el publicista católico debe respetar el principio de que la Iglesia es «divina, sí, pero formada por miembros y por órganos humanos»; en consecuencia «sabría guardarse tanto de un servilismo mudo como de una crítica sin control». Si alguno tuviese interés en conocer mejor los textos pontificios referidos a la radio les recomiendo la lectura del libro «Del Génesis @ Internet» del que es autor el fallecido crítico de cine del diario *Ya*, Pascual Cebollada, editado por la BAC en el año 2005 bajo la dirección de don Joaquín Luis Ortega.

Despejada esta primera clarificación sobre la «radio confesional», sobre cuyas características volveremos más adelante, me introduzco en el análisis de lo que entendemos por «sociedad pluralista». En el lenguaje común el adjetivo pluralista tiende a ser confundido con el de democrático, como si fuesen términos equivalentes al cien por cien, y lo son sólo, en mi opinión, hasta cierto punto. El pluralismo es, por encima de toda otra consideración, un hecho antropológico. Cada hombre es por su raza, historia, educación, cultura y religión diferente y único. No hay dos seres humanos en todo el planeta que sean iguales. Si un día la clonación genética llegase a ser una práctica común –cosa que no deseo y lamentaría– quizás podría llegarse a esa uniformidad del género humano. Hoy por hoy «cada uno es cada

uno y tiene sus cadaunadas» como decía, con sorna gallega, un viejo profesor de la Universidad Pontificia de Comillas. Es la biología la que marca el pluralismo de la humanidad.

Pero una cosa es que los hombres seamos plurales o distintos los unos de los otros y otra bien diversa es que la sociedad respete y garantice esa pluralidad. En pleno siglo XXI sabemos que existen regímenes que discriminan a sus ciudadanos por el color de su piel, por su credo religioso o por sus tendencias políticas; el *apartheid* ya no es sólo una cuestión racial, pues se extiende a otros aspectos de la existencia humana. No todas las dictaduras lo son en el mismo grado, pero coinciden en su tendencia a uniformar a sus súbditos.

Existen también las democracias que garantizan a todos los ciudadanos igualdad de derechos y de deberes, sin límites ni discriminación alguna. Los poderes públicos –parlamentarios, judiciales o ejecutivos– garantizan a todos un marco de libertades en el que pueden manifestarse sin cortapisas, respetando el marco legal que libremente se han dado.

3. PLURALISMO Y LAICISMO

Llegados a este punto, considero necesario, sin embargo, estudiar la equivalencia que algunos conceden al adjetivo pluralista con el adjetivo laico. No voy a entrar aquí en el origen de esa perniciosa deriva semántica; creo que basta aludir a Francia donde, como consecuencia de su histórica revolución, se introdujo el laicismo de Estado, plasmado de modo muy concluyente en la famosa ley de 1905, la que sancionaba la total separación entre Iglesia y Estado.

Pero he recordado más de una vez que el General Charles de Gaulle, profundo conocedor de su país, afirmaba: «El Estado es laico, pero Francia es cristiana». En un discurso pronunciado en Roma, el fundador de la V República amplió esta concepto:

La Iglesia –dijo– es eterna y Francia no morirá; lo esencial para ella es que se mantenga fiel a lo que es y en consecuencia fiel a los vínculos que la

unen a nuestra Iglesia... somos un país cristiano, es un hecho. Lo somos desde hace mucho tiempo... Por lo tanto no tenemos necesidad de desconocernos y esta llama cristiana, en lo que tiene de humano y de moral, es también nuestra.

Y aquí tenemos que entrar en la ambivalencia de la palabra «laico», a la que una buena parte de nuestros políticos e intelectuales añaden unas considerables dosis de anticlericalismo. En la doctrina social de la Iglesia se afirma de forma tajante que «la Iglesia y la comunidad política, aun expresándose las dos con estructuras organizativas visibles, son de naturaleza diversa, tanto por su configuración, como por las finalidades que persiguen». Más brevemente el Vaticano II había declarado en la *Gaudium et Spes*, que «en su propio campo la comunidad política y la iglesia son independientes y autónomas la una de la otra» (n. 76).

A este propósito considero oportuno recordar que el ex presidente francés Nicolas Sarkozy, en su libro *La república, las religiones, la esperanza*, había limpiado de algunos viejos prejuicios republicanos la actitud del Estado galo frente a las confesiones religiosas, todas incluidas. En un discurso pronunciado durante su visita a Roma en el año 2010 dijo:

Yo creo en la distinción entre lo espiritual y lo temporal como un principio de libertad. Creo en la laicidad como un principio de respeto. Pero la Iglesia no puede ser indiferente a los problemas de la sociedad a la que pertenece en cuanto institución y aún menos la política no puede ser indiferente al hecho religioso y a sus valores espirituales y morales. No hay religión sin responsabilidad social ni política sin moral. Entonces, ¿por qué, esforzándose por comprenderse la una a la otra y de respetarse, pero conscientes de que tienen ideales comunes la Iglesia y la República francesa, no pueden estar más unidas la una con la otra para proponer a la humanidad una suerte mejor que la que parece que le prometen hoy la acumulación de tantos desequilibrios e injusticias?

Esta es la laicidad que también ha propuesto en diversas circunstancias el Papa Francisco y sus principales colaboradores, como el Secretario de Estado Cardenal Parolin. Pero nótese que usan el término «laicidad» y no «laicismo», que arrastra consigo ciertas connotaciones militantes.

Refiriéndose al caso español, en una conferencia pronunciada en Madrid, el jesuita José María Martín Patino afirmaba:

Hoy se postula con vehemencia por la izquierda y por los grupos llamados liberales del centro político, la construcción de un Estado verdaderamente laico y de una sociedad laica. Este término se está convirtiendo en boca de muchos en un grito de guerra. Por otra parte se tilda de confesionales a todos los que se atreven a ser coherentes en la vida pública con su fe religiosa. Este es otro dilema tonto de nuestra semántica política. «Laico» no se opone a «religioso». Una sociedad puede ser profundamente laica y profundamente religiosa. Será aquella en la que el poder político, social o económico no está clericalizado; aquella en la que las leyes protegen realmente los derechos de los creyentes y no creyentes. El pensamiento cristiano no sólo es compatible con un Estado laico en una sociedad plural. La misma fe cristiana vive y se enraíza más profundamente en un contexto de libertad civil.

Son afirmaciones que se remontan a 1981, pero que siguen hoy vigentes en nuestra España del 2018, casi medio siglo después. Creo que al final de esta incursión semántica podemos concluir que coexisten en nuestro mundo sociedades pluralistas «incluyentes» unas y «excluyentes» otras.

4. GRAN INFLUENCIA DE LA RADIO

Acerquémonos ahora al panorama radiofónico español. Y comenzaré afirmando que, según mi experiencia, nuestro país es uno en los que la influencia de la radio es mayor. Yo he dicho a muchos de mis colegas italianos y extranjeros que en España a las diez de